

LA SOCIEDAD CIVIL EN MOVIMIENTO. EL SURGIMIENTO DE LA ECONOMÍA SOCIAL Y SOLIDARIA EN ARGENTINA COMO CAMINO ALTERNATIVO.

Romina Pighin

Estudiante de la maestría en Estudios Latinoamericanos del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

romina_pighin@hotmail.com

Resumen

En el marco de la crisis del Estado de bienestar y de la progresiva consolidación de los regímenes neoliberales durante los años noventa en América Latina, el presente trabajo busca dar cuenta del fenómeno de la Economía Social y Solidaria (ESyS) en Argentina, como respuesta y como posibilidad.

La ESyS surge de un conjunto de organizaciones, asociaciones y actores sociales diversos que buscan contener y dar respuesta a las necesidades emergentes en un contexto de crisis, al mismo tiempo que promueven un espacio económico- social alternativo basado en los principios de solidaridad, comercio y precio justo. En este sentido, estos valores contemplan el cuidado de las diferentes etapas, desde la producción hasta la comercialización: reconocimiento del trabajo de productores, estrategias de distribución y canales de comercialización y concientización de consumidores; y la protección del medio ambiente.

El interrogante que guía este trabajo es hasta qué punto las diferentes manifestaciones, organizaciones y actores sociales que participan de la ESyS, dan cuenta de un proceso de construcción y/o transformación que podría derivar en un movimiento social cuyos límites y alcances hoy se perciben difusos.

Palabras Clave: *Sociedad Civil- Economía Social y Solidaria – Organizaciones Sociales – Movimientos Sociales*

LA SOCIEDAD CIVIL EN MOVIMIENTO. EL SURGIMIENTO DE LA ECONOMÍA SOCIAL Y SOLIDARIA EN ARGENTINA COMO CAMINO ALTERNATIVO.

INTRODUCCIÓN

En el marco de la crisis del Estado de bienestar y la progresiva consolidación del modelo neoliberal en Latinoamérica, el presente trabajo busca dar cuenta del fenómeno de la Economía Social y Solidaria (ESyS) en Argentina, como respuesta y como posibilidad.

En este sentido, el fenómeno de ESyS aparece como un conjunto de organizaciones, asociaciones y actores de diferentes sectores que buscan contener y dar respuesta a las necesidades de un contexto de crisis, al mismo tiempo que promueven un modelo histórico e ideológico alternativo de economía basado en los principios de solidaridad, comercio y precio justo: así como en el cuidado de las diferentes etapas de la producción y comercialización (productores, canales de comercialización, distribución y concientización de consumidores) y la preservación del medio ambiente.

El interrogante que se nos plantea es hasta qué punto estas manifestaciones, organizaciones y actores que participan de lo que se ha denominado como ESyS dan cuenta de un proceso de construcción o transformación que podría derivar en un movimiento social cuyos límites y alcances hoy se perciben difusos.

En la primera parte del trabajo realizamos una aproximación a la crisis del Estado de bienestar y al “resurgimiento” de la sociedad civil como espacio propicio para la acción colectiva y la movilización social.

Luego nos introducimos específicamente en el abordaje de la Economía Social y Solidaria (ESyS) como modelo histórico e ideológico al que circunscriben múltiples y diversas organizaciones que forman parte del

denominado tercer sector, y en su potencialidad como *desborde*, como el subsuelo político en el que se gestan las bases para la construcción de un modelo económico social alternativo.

Finalmente, nos detenemos en la Economía Social y Solidaria como “punto de fuga” o puerta abierta para la reconstrucción del tejido social corroído, como consecuencia de los años de implementación de políticas neoliberales en Argentina, para luego concluir con algunas reflexiones finales.

DE LA CRISIS DEL ESTADO DE BIENESTAR Y LA SOCIEDAD CIVIL EN MOVIMIENTO

En la década del 80' los países de América Latina inician la denominada transición democrática y, al mismo tiempo, la reformulación estructural de sus economías que desembocaría luego en la consolidación del modelo neoliberal.

La transformación del Estado de bienestar por las políticas de ajuste estructural, configura no sólo otro modelo estatal orientado por la concepción neoliberal del Estado “mínimo”, sino también una profunda modificación de la sociedad generada por el industrialismo sustitutivo y la política de masas.

Algunos de los rasgos de este cambio se revelan en la modificación de la estructura social: la reducción de la clase trabajadora junto al avance de la informalidad y del sector servicios; el surgimiento de nuevas formas de organización social vinculados a los movimientos sociales, ONGs, voluntariado, una notoria declinación de la clase media así como la aparición de nuevas formas de pobreza y la aparición de nuevas élites. (García Delgado, 1998)

En este contexto, comienza a percibirse un renovado interés por la sociedad civil, por varias razones entre la que se destaca la importancia creciente que adquiere una sociedad civil, como diferenciada tanto del

Estado como del mercado. En este sentido, Touraine habla de la constitución de una nueva sociedad civil en el proceso de complejización de las sociedades postindustriales. (Touraine, 1993). Desde diferentes perspectivas, se concibe el surgimiento de una “ideología de la sociedad civil” como protectora de la vida de asociaciones voluntarias y movimientos sociales autónomos y el crecimiento de un tercer sector “altruístico” de la economía, profundamente comprometido con la sociedad. De esta manera y en el marco de la crisis del Estado de bienestar, pero a la vez mostrando que el mercado autorregulado es incapaz de responder a ésta con “su mano invisible”, aparece un fenómeno nuevo, el de la emergencia de una sociedad civil, como distinta del Estado y del mercado, la cual intenta responder a dicha crisis.

Asimismo, surge la necesidad de reforzar la sociedad civil, impulsada por organismos internacionales (Banco Mundial, BID), promoviendo la “participación civil” y financiando la “participación socioeconómica”. Así, los organismos viran de una perspectiva neoliberal ortodoxa hacia otra neoinstitucional, en donde se otorga importancia a la reforma de la justicia, la salud, la promoción del “capital social”, así como a la disminución de la corrupción como condición del buen funcionamiento de los mercados.

Estas son algunas de las elaboraciones que, en los años noventa, muestran una revalorización del concepto de sociedad civil y una convergencia sobre un patrón no estatalista de desarrollo y el comienzo de una toma de distancia del modelo de mercado. Así pareciera prevalecer una suerte de apuesta a la sociedad civil, como eje vertebral de la reconfigurada democracia latinoamericana y como amplio y difuso agente de cambio y de modernización.

Lo cierto es que el concepto de sociedad civil es utilizado para legitimar las más heterogéneas manifestaciones de grupos, organismos no gubernamentales, empresas privadas y aun individuos. No sólo hay falta precisión en el concepto sino también ambigüedad (Lechner, 1994).

Lo novedoso es que la sociedad civil, frente al Estado y el predominio del mercado de los últimos veinte años, comienza a ser vista como el ámbito de lo altruístico, de lo voluntario y de lo asociativo, o de todo lo que no es ni Estado ni mercado. Siguiendo a García Delgado (1998), la sociedad civil sería todo lo que es *non profit*, expresada por el conjunto de ONGs, organizaciones autogobernadas y altruistas. Esto último se relaciona con el desprestigio del Estado y con la pérdida de credibilidad de actores tradicionales tales como los partidos, sindicatos y grandes estructuras de mediación y con el surgimiento de un conjunto de fenómenos que volcaron la atención hacia actores alternativos, como los movimientos sociales y ONGs. Desde esta perspectiva, la emergencia de la sociedad civil viene en reemplazo de la idea de pueblo y de clase. Y en este sentido, no fue ajena a ello la alternancia de períodos democrático- populares con gran movilización de la sociedad y Estados burocráticos autoritarios represivos, que acentuaron cierta subordinación de la sociedad al Estado. En los últimos años, junto al avance del mercado, se asiste al reconocimiento de la sociedad civil, no como pueblo en el sentido orgánico anterior sino como diversidad de actores y realidad compleja y plural.

Nos parece importante resaltar que no sólo se trata de una sociedad civil más diferenciada del Estado y del mercado, con autonomía de sus organizaciones y libertad de los individuos, sino que se trata de una sociedad más fragmentada, desigual y paradójica: por un lado, crecimiento y modernización, y por otro, concentración de la riqueza, aumento de la pobreza y heterogeneidad. Y en este sentido, resulta relevante aclarar que una visión extremadamente positiva sobre la sociedad civil, como única esfera disponible para la reconstrucción de los lazos sociales, deja de lado la existencia también de un terreno de lucha, en el que también existen relaciones de poder e imbricaciones que pueden limitar su capacidad como sujeto político para generar transformaciones sociales. (Álvarez, Dagnino, Escobar; 2000)

Más allá de los esfuerzos de los diferentes autores por delimitar el concepto de sociedad civil –desde definiciones abarcadoras que incluyen todo lo que no es Estado o mercado hasta concepciones que restringen la noción a formas de vida asociativa organizadas orientadas a la expresión de los intereses de la sociedad- nos parece relevante rescatar que la mayoría incluye a los movimientos sociales entre sus componentes centrales. Este punto es central para comprender a la sociedad civil y en particular, como veremos luego, al *subsuelo político* como el espacio del *desborde*, la acción colectiva y la conformación y desarrollo de los movimientos sociales.

En este sentido, a partir de la década del noventa en Argentina, como en otros países de Latinoamérica, las organizaciones que conforman el tercer sector comienzan a ser consideradas como actores centrales en este proceso de transformación y movilización social. Asumiendo formatos institucionales muy heterogéneos: ONGs, comunidades, espacios barriales, movimientos sociales, foros multisectoriales, asociaciones civiles, grupos o colectivos de voluntarios, fundaciones, etc., estas formas asociativas comienzan a evidenciar una nueva valoración de lo social más centrada en lo pequeño, horizontal y democrático (y como reacción contra las organizaciones de gran escala, jerárquicas) y con la configuración de un espacios público, no político o no estatal. O en términos de Tapia, “la sociedad civil es otro lugar de la política, en realidad, un conjunto de lugares en los que se organiza la vida política no estatal” (Tapia, 2008, 55)

De esta manera, buscamos tomar distancia de una perspectiva en la que el tercer sector puede ser una designación residual que se pretende dar a un vastísimo conjunto de organizaciones sociales que no son ni estatales ni mercantiles, para caracterizarse por un principio de comunidad y por la búsqueda no ya de negación o presión del principio estatal o del mercado, sino de una novedosa y variada articulación con esos dos principios. La sociedad civil estaría compuesta así de movimientos

sociales del tercer sector y de un *neocomunitarismo* de base que tiene una fuerte tradición en Argentina.

Estos distintos elementos constitutivos de la sociedad civil anclan en valores como la solidaridad, la defensa del tejido social agredido por el individualismo y asociada a tradiciones de “organizaciones libres del pueblo”, de base, vecinales, y que ha dado lugar a elaboraciones diversas específicamente a la configuración de un sector económico con reglas propias, inspirado en un modelo de *economía social* alternativo: “la economía de la solidaridad” (Razeto, 1988) o la “economía popular” (Coraggio, 1997) entre otras denominaciones, que buscan dar cuenta del surgimiento de una economía social y solidaria (ESyS)

En este punto y para los fines del trabajo, merece nuestra atención remitirnos a la noción de economía social y a su reapropiación y reemplazo, desde una perspectiva latinoamericana, por la economía social y solidaria (ESyS)

DE LA ECONOMÍA SOCIAL A LA ECONOMÍA SOCIAL Y SOLIDARIA

Como modelo histórico, la economía social construyó un sentido como praxis alternativa en la mejora de las condiciones de los asalariados. Aparece en sus distintos desarrollos como una combinación de proyecto, al construir la legalidad de las cooperativas, y mejora del salario vía consumo, vivienda y mutuales. Su legitimación social incide luego en la generación del Estado de Bienestar que “se apropia” de la lógica de la sociedad civil, significando la integración de la sociedad cooperativista a la economía industrial. En el esquema de expansión a través del consumo, siguió la lógica de emprendimientos competitivos coexistiendo (o compitiendo) en el mercado con empresas capitalistas y articulando con distintas formas organizadas del empleo, entre otras instituciones.

El nuevo escenario de la crisis replantea el papel de la economía social que aparece tensionada en dos direcciones: en sus formatos institucionales clásicos como forma jurídica de constitución, adopta en la práctica una legalidad flexible, y debe adaptar sus estatutos constitutivos

originales a las exigencias de un mercado fuertemente competitivo que lleva a interrogar sobre la escala apropiada; y hacia abajo, la incorporación de nuevas formas de organización y producción que van desde las experiencias de trabajadores informales que se asocian hasta trabajadores industriales que recuperan fuentes de trabajo.

Estas formas asociativas que se relacionan con el trabajo y vuelven a unir producción y reproducción, extienden la Economía Social a la Economía Solidaria, integrando a los desocupados que tuvieron inclusión y derechos de ciudadanía laboral. Aquí la solidaridad construye sociedad como derechos de inclusión y ciudadanía, proyectándose a nivel macro en alianza con el Estado.¹

De esta manera, el término Economía Solidaria permite dar cuenta de la corriente ideológica más significativa para impulsar la Economía Social en América Latina, al mismo tiempo que el concepto- paraguas de Economía Social refiere a las organizaciones usualmente entendidas como “organizaciones económicas voluntarias” que buscan a la vez un resultado económico en sentido amplio y un producto en relaciones sociales.

Así, siguiendo a Coraggio, el desafío de reconstruir la Economía Social y Solidaria (ESyS) desde una perspectiva que combina el modelo histórico y los efectos de ruptura con el contexto, recorta un campo teórico que posibilita instalar el debate actual.

El interrogante que surge ante la emergencia de múltiples redes de organizaciones o colectivos sociales que trabajan en el campo de la

¹ La lógica de la economía social no es antiestatal. Por el contrario, aunque admite la necesidad de cobrar autonomía desde la misma base económica de la sociedad, a la vez propone incidir crecientemente en la encarnación de sus valores en el seno de la administración pública y del sistema político. Las formas de gestión participativa a nivel local, la creación de foros participativos para definir políticas sectoriales, las instituciones del presupuesto participativo o de la planificación estratégica participativa, así como la organización de frentes de acción colectiva para modificar las políticas del Estado a favor de regular la economía y los mercados capitalistas, de fomentar la economía social, y de practicar en general la democracia participativa, son recursos que forman parte fundamental de la economía social. (Coraggio, 2002)

ESyS, es la posibilidad de vislumbrar la existencia de un movimiento social incipiente, cuyo desarrollo y límites se perciben actualmente como difusos.

LA ECONOMIA SOCIAL Y SOLIDARIA COMO *DESBORDE*

En términos generales, desde diferentes perspectivas se concibe a los movimientos sociales como acciones colectivas con alguna estabilidad en el tiempo y algún nivel de organización, orientados al cambio o conservación de la sociedad o de alguna parte de ella. Así, la idea de movimiento social tiende a oscilar entre dos polos: la respuesta coyuntural a una determinada situación o problema y la encarnación del sentido de la historia y el cambio social. (Garretón, 2002) En este sentido, las organizaciones de la ESyS encuentran su origen en una respuesta coyuntural al problema de la falta de empleo e incremento de desigualdades económicas, pero al mismo tiempo su potencialidad como agente de cambio hoy no pareciera ser tan claro.

Luis Tapia se refiere al proceso de conformación de un movimiento social. En este sentido, señala que un movimiento social empieza a configurarse cuando la acción colectiva empieza a desbordar los lugares estables de la política, tanto en el seno de la sociedad civil como en el del Estado, y se mueve a través de la sociedad buscando solidaridades y aliados en torno a un cuestionamiento sobre los criterios y formas de distribución de la riqueza social o de los propios principios de organización de la sociedad, del estado y del gobierno. Sin visualizar un lugar específico para hacer política, sino a partir de algún núcleo de constitución de sujetos, organización y acción colectiva, un movimiento social empieza a transitar y politizar los espacios sociales con sus críticas, demandas, prácticas y proyectos. (Tapia, 2008)

Desde esta perspectiva, los movimientos sociales son “el momento de fluidez y desborde” de la sociedad civil, una expresión y un mecanismo de reforma y renovación. En la medida que el sistema de partidos no es el

lugar de representación, de deliberación y solución de los principales problemas y demandas del país, hay de manera casi permanente un espacio político paralelo, cambiante, discontinuo y polimorfo que se constituye y reconstituye según los conflictos y luchas sociales que se plantean y en función de los sujetos sociales que se constituyen como querellantes o reformadores. En este mismo espacio parecieran moverse las diferentes organizaciones y sujetos que se reconocen como parte de un movimiento vinculado a la ESyS.

Estos momentos de fluidez y desborde que dan lugar a los movimientos sociales, forman parte de lo que Tapia denomina como *subsuelo político*. Y este subsuelo es parte de la complejidad producida por el movimiento de las sociedades. Es en este subsuelo en el que se mueven y viven los excluidos de las relaciones sociales. El subsuelo político aparece así como aquel conjunto de prácticas y discursos políticos que no son reconocidos social y estatalmente pero emergen como forma de asociación, interacción y opinión sobre la dimensión política y de gobierno de las sociedades. Como veíamos anteriormente, en este espacio encontramos el surgimiento de la ESyS, en un contexto de creciente exclusión de grandes masas de población, acentuada con la aplicación políticas estructurales neoliberales.

Desde esta perspectiva, el neoliberalismo es un modelo que produce y legitima la desigualdad. Así, los cambios económicos generados por este modelo, han aumentado la desigualdad, por lo cual podríamos decir que las condiciones para el ejercicio de la igualdad y la ciudadanía han experimentado una reducción o se han visto afectadas negativamente. El subsuelo político aparece en esta coyuntura como sustituto de la esfera de lo público cuando ésta se deteriora por un predominio de la mercantilización o por una creciente desigualdad política, producto de la creciente desigualdad económica. Es en este subsuelo en el que se organizan las comunidades sobre la base de criterios de igualdad que no operan en la superficie institucional. En otras palabras, “visibilizar a los invisibles.”

En este subsuelo político encontramos al conjunto diverso de organizaciones que conforman ese diverso y complejo colectivo que denominamos Economía Social y Solidaria (ESyS). En que se despliegan prácticas políticas que se ejercen como los “derechos que la gente cree que tiene o debería tener”, como espacio de experimentación política, en varios sentidos. Por un lado, se promueve el reconocimiento de ciertos derechos y valores para luego impulsar reformas de la superficie institucional. Por otro, es el terreno en el que se experimentan canales alternativos a ley, “se ensayan los desbordes de la ley”, los que fracasan y los que tienen éxito o logran modificar algún aspecto de la vida social y política.

Así es como el subsuelo político se vuelve el espacio generador de la renovación y el cambio político, lo cual pasa generalmente por poner en crisis al Estado o parte de sus instituciones.

Tal como señala Tapia, el subsuelo político suele contener un espectro ideológico más amplio y variado. Es el ámbito de la diversidad ideológica, de “fragmentos alternativos de concepciones del mundo”. Esta diversidad podemos percibirla en la diversidad de organizaciones, sujetos y colectivos sociales que forman parte (o podemos incluir) dentro del espacio de la economía social y solidaria (ESyS). Así nos encontremos ante una multiplicidad de organizaciones, ONGs, mutuales, cooperativas, empresas recuperadas, productores individuales, artesanos, asociaciones civiles con recorridos, idiosincrasias y modalidades de acción diversa, en el que comparten un sentido común, aunque también un espacio de lucha y experimentación de las contradicciones y diferencias.

Como emergente de este subsuelo político, nos encontramos ante un colectivo de organizaciones, -y ante una diversidad de sujetos, prácticas y discursos que surgen como formas excedentes de política-, no reconocido (o en lucha por el reconocimiento) por el sistema de instituciones y discurso legítimo que definen el principio organizativo de la forma y la superficie.

EL LUGAR DE ECONOMÍA SOCIAL Y SOLIDARIA EN LA RECONSTRUCCIÓN SOCIAL ARGENTINA

La crisis de 2001 en Argentina ha puesto de relieve coyunturas de contestación colectiva a través de formas de movilización que han desbordado las instituciones y los espacios políticos reconocidos en la “normalidad” de las relaciones de poder que articulan al Estado. Pero aunque se reconoce a este momento como el punto de ruptura, estos procesos de movilización cuentan con más veinte años. En este sentido, y siguiendo a Merklen, encontramos que las clases populares argentinas elaboran nuevas formas de acción colectiva en respuesta a las profundas transformaciones que desestructuraron sus mundos de pertenencia.² Este fenómeno de creciente movilización social despierta el interés de los diferentes autores que buscan dar cuenta así de estos cambios en los “repertorios de la acción colectiva”. (Merklen, 2005)

En este punto, consideramos apropiado señalar las transformaciones y particularidades de la aplicación de reformas neoliberales acentuadas en la década del noventa en la Argentina y su impacto en la modificación de las formas de socialización y organización de la movilización de los sectores populares.

Siguiendo a Sebastian Pereyra, al analizar los efectos de la globalización y de los programas neoliberales en Argentina, encontramos que el principal cambio económico-social operó y opera en el nivel del trabajo, tanto en el aumento del desempleo y la precarización laboral cuanto en las transformaciones de la informalidad, generando sociedades cada vez

² Siguiendo a Merklen, el autor se refiere a diferentes tipos de acciones colectivas tales como ocupaciones ilegales de tierras, cortes de ruta, revueltas y saqueos a comercios e hipermercados, como las nuevas manifestaciones que van modificando el “repertorio” clásico basado en las movilizaciones a través de sindicatos y partidos.

más desiguales y en las cuales el trabajo pierde progresivamente su importancia como factor de integración.³

También Maristella Svampa se refiere a esta cuestión, asumiendo que la aplicación de severas políticas de ajuste, la denominada “reestructuración del Estado” (que implicó, entre otras cosas, las privatizaciones de las empresas públicas, una fuerte reducción del gasto público y la descentralización administrativa), y la desregulación del mercado, confirmaron la entrada sin condiciones de la Argentina en el neoliberalismo. Sin embargo, las evidencias manifiestas del ingreso al nuevo régimen fueron el considerable aumento de los niveles de desempleo, pobreza y marginalidad. La transnacionalización de la economía argentina estuvo acompañada por la consolidación de una nueva matriz estatal (Svampa, 2005).

A su vez, la masiva explosión de la desocupación y la pobreza impuso una función asistencialista, a partir de la multiplicación, con el correr de los años, de los planes sociales y de asistencia alimentaria. Finalmente, como resultado del aumento de la conflictividad social, el Estado asumió y reforzó su función represiva.

En este contexto, hacia mediados de la década del noventa, en Argentina, comenzaron a multiplicarse los reclamos y manifestaciones sociales en las que participan distintos sectores excluidos, principalmente los trabajadores desocupados organizados. El cambio del régimen social de acumulación llevó aparejado el deterioro de las condiciones de trabajo, la masiva expulsión de mano de obra, y, con ello, la reconfiguración de las condiciones materiales de reproducción de la clase trabajadora.

De esta manera, lo que pretendemos enfatizar en este punto es que la crisis de 2001 y sus consecuencias político-institucionales⁴, no comenzó

³ Basta con revisar las mediciones e indicadores del período para dar cuenta de este fenómeno entre los cuales se destaca el aumento de la desocupación se ubicó entre el 18% y 21% en la segunda mitad de los años noventa.

ni se circunscribió a ese momento específico, sino que se trató de proceso sociohistórico, en el que tanto la debilidad de la coalición de gobierno cuanto los límites del modelo económico habían comenzado a manifestarse con anterioridad. En este sentido, hay procesos económicos y políticos que permiten comprender los acontecimientos de diciembre de 2001 que configuraron el contexto en el cual se desencadenaron varios procesos de movilización social que fueron los que, en definitiva, dieron forma y contenido a la crisis.

Durante los años ochenta, diferentes ONGs inician experiencias económicas asociativas tanto entre pobres urbanos como entre la población campesina. Pero es ante la creciente exclusión social fruto de años de políticas neoliberales y la crisis desatada que se reaviva el interés por la *economía solidaria* entre militantes sociales, investigadores y funcionarios públicos, hecho que llevará luego a la adopción de sus principios por parte de movimientos de desocupados y assembleístas así como a su inclusión en políticas públicas. En este sentido, nos referimos a la consolidación de socioemprendimientos (diferenciados de los microemprendimientos que han sido asociados a proyectos financiados por ONGs y el Estado) que apuestan a una “producción libre de explotación”, en base a un “precio justo” y un “consumo responsable”.

Formando parte de estas iniciativas económicas alternativas y como una acción atada a las consecuencias de las transformaciones socioeconómicas de los años noventa, se intensifica un fenómeno muy particular. La recesión económica dio lugar al surgimiento de una serie de movimientos de ocupación de fábricas en crisis por parte de sus trabajadores para evitar el cierre y la pérdida de puestos de trabajo. Estos movimientos se conocieron como “fábricas recuperadas” y adquirieron estado público gracias a algunos casos emblemáticos. Tal es el caso de la fábrica textil Brukman en la Ciudad de Buenos Aires, entre otras, las

⁴ Nos referimos a la renuncia del presidente Fernando de la Rúa y el fin del ciclo económico marcado por la convertibilidad.

que además distribuyen sus productos a través de diversos canales alternativos vinculados a la ESyS.⁵

Dentro de estas transformaciones y modalidades novedosas de movilización, se encuentra también el fenómeno de las asambleas barriales, que surgidas del “cacerolazo” de diciembre de 2001, permitieron sostener el conflicto más allá de las movilizaciones y expresiones de protesta, y aunque en general han perdido gradualmente adhesión en la medida en que se extendía la discusión sobre sus objetivos y sus formas de organización, otras han mutado en cooperativas, asociaciones civiles u otras organizaciones que van conformando el conjunto que conforma la economía social.

Es así que comienzan a evidenciarse una multiplicidad de organizaciones vinculadas a la economía social que dan cuenta del auge de este fenómeno.

En este sentido, cabe mencionar que aunque la noción de Economía social refiere a un término amplio que alude a un desarrollado conjunto de ideas, valores y formas asociativas que han venido desarrollándose desde los albores de la revolución industrial y el advenimiento de la economía capitalista, abarca las experiencias y tradiciones de la economía social europea y las de la economía popular latinoamericana (Defourny, 1992; Coraggio, 1997; Razeto, 2004). Desde el punto de vista de las formas de la microeconomía, las organizaciones de la economía social están conformadas por trabajadores que se asocian para: a) producir juntos para el mercado, no orientados por las ganancias sino por la generación de autoempleo e ingresos monetarios; b) comprar juntos para mejorar su poder de negociación en el mercado; c) socializar riesgos

⁵ Cabe destacar que fue en el año 2002 en el que estas expresiones alcanzaron su momento de mayor visibilidad como expresiones de la crisis y de las formas de resistencia al neoliberalismo y sus crisis. Así, se recuperaron 150 fábricas en todo el país, consolidándose y logrando cierta estabilidad a través de la búsqueda de apoyo necesario para evitar los desalojos y a partir de la reorientación de las políticas gubernamentales, luego de 2003, que mejoraron las condiciones y las posibilidades en la lucha por sobrevivir (Pereyra, 2008)

y d) producir juntos condiciones o medios de vida para su propia reproducción o el uso colectivo de su comunidad (Coraggio, 2007).

Es a partir de estas bases, entonces, que las distintas organizaciones de la economía social se constituyen como colectivos y se articulan a través de redes sociales, y con las distintas entidades del Estado: desde el apoyo de institutos como INTA (que promueve la economía social), a la participación en programas nacionales (como ProHuerta y Manos a la Obra), hasta permisos de ocupación de espacios o predios pertenecientes al Estado.

De todas maneras, la relación con el Estado resulta ambigua, ya que, por un lado, aunque los sucesivos gobiernos desde el 2003 muestran cierto apoyo a estas iniciativas a través de las instancias mencionadas como a través del Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES), pero, por otro, no se resuelven el problema de la expropiación, ni tampoco la cuestión de los subsidios (principalmente para los traslados) o las compras de producción, necesarios para dar un “real apoyo” a las fábricas y a las diferentes redes de organizaciones y emprendedores involucrados.

Entendiendo a las redes sociales como campos sociales constituidos por relaciones entre personas, a partir de “relaciones de intercambio recíproco de bienes y servicios (...), conjuntos de individuos entre los cuales se produce con cierta regularidad una categoría de eventos de intercambio” (Lomnitz, 2002), es posible identificar la conformación de redes sociales de organizaciones vinculadas a la economía social y la existencia de relaciones basadas en la confianza y en un principio de reciprocidad mutua.

Asimismo, el concepto de *redes* refiere a nuevas formas de organización no piramidales ni fusionadas con el Estado, en las que sobresalen formas inéditas de organización. Siguiendo a García Delgado, las redes son estructuras flexibles de coordinación horizontal que se constituyen para sumar esfuerzos, dar posibilidades y recursos, y como formas

alternativas al modelo individualista, a las situaciones de atomización y de anomia creadas por esta profunda transformación con eje en el mercado. (García Delgado, 1998) Desde el abordaje de Álvarez, Dagnino y Escobar, dichas redes o *telas* dan cuenta también de estructuras de significados que pueden incluir diferentes formas de conciencia y prácticas diversas. En este sentido, la noción de “telas de movimiento social” (en contraste con la de redes) busca transmitir el aspecto intrincado y precario de los múltiples lazos que se va conformando entre organizaciones, participantes individuales y otros actores de la sociedad civil y del Estado de forma fluctuante y diversa. (Álvarez, Dagnino, Escobar; 2000)

Dentro de estas redes de organizaciones, siguiendo a Denis Merklen, encontramos nuevos repertorios de la acción colectiva, que surgidas a partir de las secuelas del neoliberalismo, nos permiten explicar el paso de una politicidad centrada en el mundo del trabajo a una politicidad centrada en la inscripción territorial. Así, desde una mirada más panorámica, el autor señala que cuanto más masiva es la precariedad y más fallan las instituciones, más multiplican los habitantes sus pertenencias (Merklen; 2005). En efecto, el territorio de los barrios se constituye a partir de la superposición de círculos de pertenencia, entre los cuales también se encuentran las organizaciones sociales que conforman la ESyS.

Por último, si bien hay quienes sostienen que *la ESyS llegó para quedarse*, la complejidad y múltiples aristas que presenta el fenómeno dificulta la posibilidad de concebir a la economía social como conjunto homogéneo, por la diversidad de actores involucrados (desde productores directos, organizaciones con diversos formatos de institucionalización, hasta estudiantes universitarios y profesionales urbanos de clase media) y por la variedad de prácticas y proyectos que se observan. Se trata de organizaciones con estructuras muy distintas, algunas más horizontales, otras más verticales, y emplazadas en espacios territoriales diversos, que comparten una suerte de *sentido*

***común*, valores, creencias y practicas compartidas, pero cuyos caminos y proyectos de desarrollo se perciben aun difusos. De igual modo, surge el interrogante sobre su potencialidad para articularse en un movimiento social, que promueva y sostenga un modelo económico alternativo, donde se prioricen relaciones más igualitarias junto con la protección del medio ambiente y el fortalecimiento de las redes sociales.**

REFLEXIONES FINALES

La transformación del Estado de bienestar por las políticas de ajuste estructural, ha configurado en Latinoamérica no sólo un modelo estatal orientado por la concepción neoliberal del Estado “mínimo”, sino también una profunda modificación de la estructura social: la reducción de la clase trabajadora junto al avance de la informalidad y del sector servicios; el surgimiento de nuevas formas de organización social vinculados a los movimientos sociales, ONGs, voluntariado, una notoria declinación de la clase media así como la aparición de nuevas formas de pobreza y la aparición de nuevas élites.

En este contexto de crisis del estado y caída del empleo que produce el quiebre del modelo de sociedad estructurada por la ocupación salarial, emerge una nueva *cuestión social* de la exclusión y crisis de las condiciones de vida ligada a la restructuración capitalista. Comienza a percibirse así un renovado interés por la sociedad civil, no sólo como diferenciada tanto del Estado como del mercado, sino como espacio de desborde, como el subsuelo político en el que se gestan y desarrollan las acciones colectivas y los movimientos sociales.

En este sentido, concebimos a la economía social y solidaria como parte de este subsuelo político que se fue desarrollando en la década del noventa articulando demandas de diferentes sectores excluidos de la sociedad y postulando un modelo económico alternativo (y posible) basado en la solidaridad, y en mecanismos de producción y distribución más justos.

La complejidad evidenciada y la diversidad de organizaciones que forman parte de este fenómeno, muestran su potencialidad y también sus limitaciones para canalizar la rearticulación social y movilizar a la sociedad en un camino económico, social y solidario alternativo. Este trabajo ha buscado dar cuenta de dicha complejidad y avanzar en la necesidad de profundizar en el alcance y posibilidad de permanencia de

estas prácticas, a través de la revisión teórica y de su articulación con las experiencias empíricas.

No podemos deducir el devenir que tendrá la ESyS en la construcción de un movimiento social o de un modelo socioeconómico alternativo. Sin embargo, observamos en estas acciones colectivas una posibilidad, un espacio propicio para la reconstrucción social, la movilización de recursos, y la creación de identidades colectivas. Lo que sí podemos vislumbrar es que la articulación de los diferentes actores con el Estado cobra un papel fundamental al momento de proyectar dicha transformación.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ, S.; DAGNINO, E. ; ESCOBAR, A. (2000). O cultural e o político nos movimentos sociais latino-americanos en *Cultura e política nos movimentos sociais latino-americanos. Novas leituras*, Belo Horizonte, Editora UFMG, pp. 15-57.

CORAGGIO, J. (2002). La economía social como debate estructural. Debate n° 4, Buenos Aires.

CORAGGIO, J. (2007). Economía social, acción pública y política (hay vida después del neoliberalismo), Ediciones CICCUS, Buenos Aires.

DURSTON, J. (1999). Construyendo Capital Social Comunitario. Una experiencia de empoderamiento comunitario en Guatemala”. Naciones Unidas CEPAL, Santiago de Chile.

FORNI, F.; ROLDÁN, Laura (2004), Continuidades y rupturas en la economía social.

FORNI, F. (Compilador) “Caminos solidarios de la economía argentina. Redes innovadoras para la integración.”. Ediciones Ciccus, Buenos Aires.

GARCÍA DELGADO, Daniel (1998). “La articulación del Estado con la sociedad civil” en *Estado-nación y globalización*, Buenos Aires, Ariel, pp. 223-243.

GARRETÓN, Manuel Antonio (2006). “La transformación de la acción colectiva en América Latina”. *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, n°, 76, pp. 7-24.

MERKLEN, D. (2005), *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, 1ª ed., Gorla, Buenos Aires.

PEREYRA, S. (2008). *¿La lucha es una sola? La movilización social entre la democratización y el neoliberalismo*. Buenos Aires, UNGS-Biblioteca Nacional.

SVAMPA, M. (2005). “La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo, Buenos Aires, Taurus, p. 21-91.

TAPIA, L. (2008). “Movimientos sociales, movimientos societales y los no lugares de la política” “Estructuras de rebelión” “Subsuelo político” “Política salvaje” en *Política Salvaje*. CLACSO Coediciones La Paz, CLACSO, Muela del Diablo, Comunas, 53-114.

TILLY, C. (2000). “La desigualdad persistente”, Manantial, Buenos Aires.

TOMAS, R. (2002) “Sujetos en movimiento: redes y procesos creativos en la complejidad social.”. Montevideo, Nordan-comunidad, CIMAS.